

Alberto
VÁZQUEZ-FIGUEROA

**el señor
de las
tinieblas**



Un médico abnegado, entregado en cuerpo y alma a sus pacientes y a la investigación, recibe una visita inesperada: un hombre que se identifica como el diablo. Obviamente le considera un loco, pero las pruebas que el desconocido le presta son tan contundentes que el médico se ve obligado a replantearse sus creencias. A continuación, el maléfico visitante le ofrece algo que todos los médicos del mundo quisieran poseer: el secreto de la cura del cáncer. Pero a cambio deberá entregarle su alma... El médico afronta un difícil dilema moral, pero acaba aceptando. Y éste es el punto de partida de una insólita aventura, un azaroso viaje al otro lado del mundo a través del camino del bien y del mal.

Con *El señor de las tinieblas*, moderna recreación del pacto fáustico, Alberto Vázquez-Figueroa nos ofrece una de las novelas más sorprendentes, originales y provocadoras de su extensa producción. Todo un reto para el lector.

El amplio estudio resultaba a todas luces muy difícil de catalogar, puesto que ni su propio dueño sería capaz de determinar cuántas cosas útiles —y sobre todo inútiles— se amontonaban entre aquellas altísimas, ennegrecidas y vetustas paredes.

Estanterías repletas de libros alcanzaban el techo, sobre dos mesas se apilaban legajos de documentos que probablemente no habían sido consultados en años, y una tercera mesa se inclinaba bajo el peso de cuatro antiquísimos microscopios.

Se distinguían también probetas, mecheros y serpentines, así como un par de pesados sillones de cuero, en un personalísimo habitáculo que podría considerarse de igual modo inhóspito o acogedor, dependiendo tan sólo del gusto personal de cada cual.

El hombre que lo ocupaba en aquellos momentos, Bruno Guinea, rondaba la cuarentena, vestía unos viejos pantalones de pana verde y una arrugada camisa a cuadros con la que podría creerse que había dormido una semana, y resultaba evidente que era uno de los escasos seres humanos que debían sentirse a gusto en un destartado lugar por el que se movía esquivando objetos con la habilidad de un acróbata para inclinarse, de tanto en tanto, a observar a través de alguno de los microscopios, sin dejar por ello de tomar rápidas notas en un grueso cuaderno de tapas de hule.

A ratos canturreaba muy en voz baja, a ratos asentía como si se sintiera razonablemente satisfecho, y a ratos agita-

ba a un lado y otro la cabeza o chasqueaba la lengua en un claro gesto de desaprobación.

Resultaba evidente que fuera lo que fuese lo que estaba haciendo, le mantenía absorto, por lo que cuando se escucharon unos discretos golpes, torció el gesto para gruñir en un tono de evidente impaciencia:

—¿Qué diablos ocurre?

La puerta se abrió apenas dejando entrever el rostro de un hombre de su misma edad pero al que podría considerarse su antítesis, puesto que vestía una inmaculada bata blanca, aparecía perfectamente peinado y afeitado, sin duda había visitado a la manicura recientemente y olía a lavanda.

—¡Buenos días, Cantaclaro! —fue lo primero que dijo luciendo una espectacular sonrisa de dientes impecables—. ¿Da usted su permiso para invadir la cueva del ogro?

El atareado Bruno Guinea se limitó a observarle con una extraña mezcla de afecto, malhumor y socarronería al tiempo que exclamaba:

—¡Lo que me faltaba! ¡El Canaima! Cuando apareces sonriente, melifluo y con el Cantaclaro por delante es que algo buscas...

—¿Tanto me conoces? —inquirió sin perder la calma el recién llegado.

—¡Tanto! Y eso me permite adivinar que vienes a pedirme un favor incluso antes de que abras la boca. ¿Qué coño quieres ahora?

El pulcro y exquisito Alejandro de León Medina, alias Canaima, entornó cuidadosamente la puerta a sus espaldas, y se aproximó a la ventana para abrirla haciendo exagerados gestos con la mano como si estuviera, intentando que el aire penetrara a toda prisa al tiempo que replicaba:

—Necesito que me hagas la suplencia este fin de semana. ¡Aquí hiede a tigre! El aire esta viciado y con este calor te vas a enfermar.

El otro se apresuró a cerrar de nuevo las contraventanas con gesto de alarma.

—Pero ¿qué haces? —exclamó—. ¡Se van a volar los papeles!

—¿Y cómo diablos se van a volar si no corre una gota de aire? ¡Esto es peor que una cochiguera! —protestó—. ¿No entiendo cómo te las arreglas para trabajar en semejante lugar...?

—Muy a gusto si nadie me jode... Sé dónde está cada cosa, y cada cosa sabe dónde estoy yo, con lo que no tenemos el menor problema. ¿Acaso me meto yo con las cortinas de tu despacho?

—¿Qué pasa con las cortinas de mi despacho?

—Que son una mariconada de satén lila —replicó aquel a quien muy justamente habían puesto años atrás el apodo del Cantaclaro visto que siempre decía lo que pensaba—. ¿Te parece poco?

—¿Así me agradeces que me preocupe por ti? —quiso saber su visitante fingiendo ofenderse—. ¡Se te van a comer las miasmas! ¿Y por qué no te afeitas? Pareces un pordiosero...

El desaseado Bruno Guinea se observó unos instantes en el cristal de una vitrina, se pasó la mano por la barbilla, y acabó por asentir con un leve gesto de cabeza.

—En eso tienes razón. Si Doña Bárbara me viera me la armaba, pero es que me agobia el trabajo. —Lanzó un áspero reniego—. Y para colmo vienen los amigos pretendiendo que les haga una suplencia. ¿De dónde diablos pretendes que saque el tiempo?

—No tengo ni idea, pero es que en esta época no puedo recurrir a nadie más. —Se disculpó cambiando el tono Alejandro de León Medina—. Todo el mundo está de vacaciones.

—Suele ocurrir en agosto. ¿Y para qué quieres ese fin de semana?

—Tengo que ir a Roma.

El otro le observó de medio lado para inquirir irónicamente:

—¿De peregrinación?

—De manifestación. Acudirá gente de todo el mundo y seremos miles reclamando nuestros derechos.

Bruno Guinea le observó de medio lado, tomó asiento en su viejo y sobado butacón, y le señaló el que se encontraba enfrente en una clara invitación para que le imitase.

—He oído hablar de esa gigantesca manifestación —admitió al fin—. Pero ¿por qué precisamente Roma?

—Porque Roma continúa siendo la cuna de la intransigencia —fue la rápida y segura respuesta—. Tenemos que atacar al enemigo en su mismísima guarida.

—¿El Vaticano?

—Exactamente, ya que desde él parten la mayoría de los anatemas que se lanzan sobre nosotros. El día que el Papa entienda que somos seres humanos con los mismos derechos que el resto de los mortales, habremos triunfado.

—¿Y realmente crees que invadiendo las calles de Roma conseguiréis que la Santa Madre Iglesia cambie con respecto a un tema con el que se lleva mostrándose intransigente veinte siglos? —quiso saber su amigo.

—Por algo hay que empezar.

—¿Empezar? —se escandalizó el Cantaclaro haciendo una vez más honor a su apodo—. A mi modo de ver hace años que habéis empezado, pero lo cierto es que no soy el más indicado a la hora de opinar sobre el tema.

—Sin embargo sabes bien cuánto me importa tu opinión.

—¿Y de qué va a servirte si por lo que veo estás decidido?

—Probablemente se deba a que, pese al estercolero en el que te gusta trabajar, eres el tipo más inteligente que conozco. El más puñeteramente deslenguado, eso sí, pero

también el más comprensivo. —Sonrió de nuevo al puntualizar—: En algunas ocasiones incluso sigo tus consejos.

—¡Oh, vamos, no me hagas reír! —masculló su interlocutor con evidente malhumor—. ¿Cuántas veces te aconsejé que te apartaras de Roberto? Que yo recuerde nunca me escuchaste.

—Estaba enamorado.

—¿Enamorado de un sucio «chaperero» que se largaba con el primero que le ofrecía mil duros? —Se escandalizó el otro—. ¡Joder con el amor!

—Tú no puedes entenderlo. Nuestro mundo es diferente y el amor no se rige por las mismas reglas. Admito que Roberto era un canalla, pero cuando quería, sabía mostrarse tierno, dulce y apasionado. Me entendía y eso es lo que yo necesito: alguien que comprenda lo que siento aquí dentro.

El hombre de los pantalones de pana y la camisa a cuadros lanzó un profundo resoplido, se puso en pie una vez más, se encaminó a la mesa de los microscopios, observó a través de uno de ellos, anotó algo en la libreta de tapas de hule, y sin volverse inquirió:

—¿Por qué carajo seguimos con esto si llevamos veinte años discutiendo el tema y nunca llegamos a ninguna parte puesto que nuestros puntos de vista son diametralmente opuestos?

—Porque aunque tienes una lengua de víbora, eres el único con quien puedo sincerarme. ¿Imaginas lo que diría el pobre Sepúlveda si acudiera a contarle mis cuitas?

El Cantaclaro no pudo por menos que volverse y sonreír al tiempo que agitaba la cabeza negativamente al señalar:

—¡Le daría un pasmo! Pero ¿qué cara pondrá si te descubre en la televisión bailando en tanga por las calles de Roma?

—Con pelucas, tacones y maquillaje, ni mi propia madre sería capaz de reconocerme.

—¿Y vas a Roma a exhibirte con peluca, tacones y maquillaje?

—¡Naturalmente!

—¿Por qué naturalmente?

—Porque se trata de reivindicar nuestros derechos: recuerda que se trata del Día del Orgullo Gay.

Bruno Guinea se puso en pie, se aproximó a la cafetera, sirvió dos tazas, y acudiendo a tomar asiento de nuevo le ofreció una.

—Yo no creo que tú te sientas demasiado orgulloso de ser gay, puesto que lo ocultas a tus compañeros de trabajo... —puntualizó con su desparpajo de siempre—. Pero aun en el caso de que no lo ocultaras, lo que no entiendo es por qué razón los homosexuales tenéis que convertir una justa reivindicación social en una carnavalada que provoca el rechazo de mucha gente que, como yo, acepta que cada cual sea muy dueño de amar a quien le apetezca, pero no por ello debe hacerlo escandalizando.

—Ahora hablas como un reaccionario.

—¡En absoluto! —protestó Bruno—. Hablo como quien soy, y que respetaría mucho más a quienes desfilaran por las calles de una ciudad, sea o no Roma, exigiendo con firmeza sus derechos, pero sin necesidad de tanto alboroto.

—Cuando los ganaderos se manifiestan, acuden con sus vacas estén o no locas —puntualizó el apodado Canaima—. Cuando se manifiestan los agricultores, arrojan a la calle naranjas o patatas, y cuando se trata de los bomberos colapsan el tráfico lanzando espuma y haciendo sonar las sirenas de sus camiones... ¿Por qué tendríamos que ser diferentes, si lo que reivindicamos es el derecho a disponer de nuestros propios cuerpos?

—Porque de ese modo lo que conseguís es que no se os tome en serio, y yo creo que el derecho a la libertad, ¡cualquier tipo de libertad!, es algo demasiado serio como para exigirlo subido sobre unos tacones de medio metro y haciendo gestos obscenos.

—En eso puede que tengas razón. Hay quien se extralimita, pero es que hemos pasado demasiado tiempo sin salir del armario.

—Una cosa es decidirse a «salir del armario», y otra salirse de la habitación, de la casa, de la calle y hasta del barrio. Todo cambio, y soy el primero en admitir que en ese campo se hacía necesario un cambio, exige un tiempo y una maduración puesto que de lo contrario se corre el riesgo de que se convierta en traumático...

Le interrumpieron unos nerviosos y repetitivos golpes en la puerta y cuando ésta se abrió en el quicio se recortó la estilizada silueta de una enfermera de poco más de treinta años que señaló secamente:

—Os recuerdo que la cocina cierra dentro de diez minutos...

—Gracias pero no tengo tiempo de almorzar... —le hizo notar Bruno Guinea—. ¿Podrías pedir que me subieran un bocadillo de chorizo y una cerveza?

—¿Otro bocadillo de chorizo y otra cerveza? —fingió enfurecerse Claudia Fonseca—. ¿Hasta cuándo? ¡Llevas tres días sin comer caliente!

El Cantaclaro hizo un significativo gesto hacia los microscopios al tiempo que puntualizaba:

—Si dejo de observar cada diez minutos, el trabajo de todo un mes se iría al garete...

—¿Y no puedo hacerlo yo?

—Tardaría todo un día en indicarte lo que tienes que buscar —fue la respuesta que venía acompañada de un mohín de súplica—. ¡Por favor! —añadió—. Un bocadillo de chorizo y una cerveza bien fría.

La muchacha lanzó un sonoro reniego al tiempo que se volvía al expectante Canaima, que se había mantenido prudentemente al margen de la discusión:

—¡Acabará enfermando! —exclamó—. ¡Maldita sea! Se mata a trabajar, apenas duerme, no come decentemente y

muchos días ni siquiera se baña... ¡Tú eres su amigo! ¡Dile algo!

—¡Querida mía! —replicó el aludido con absoluta calma—. Desde que ingresamos en la universidad vengo «diciéndole algo» al respecto, pero ya ves el resultado. Si usara bata, moriría con «las batas puestas», pero ni siquiera en eso hace puñetero caso al reglamento.

—Como chiste es malísimo... —le hizo notar su amigo—. Y odio las batas.

—Pues deberías haberte hecho arquitecto.

Bruno Guinea, que había acudido como siempre junto a los microscopios, pareció desentenderse de sus visitantes.

—¿Por qué no os vais al carajo de una vez? —rogó—. Me estáis distraiendo.

Claudia Fonseca agitó la cabeza en un gesto con el que parecía querer indicar que aquélla es una lucha imposible y optó por desaparecer cerrando a sus espaldas sin dejar por ello de mascullar:

—¡Cretino!

Al cabo de unos instantes el doctor De León Medina comentó como sin darle importancia al tema:

—Está loca por ti.

—¿Qué has dicho...? —quiso saber su acompañante que aún continuaba distraído con sus observaciones.

—¡Que la tienes loca...! —insistió el otro—. ¿Te la has llevado al huerto?

El apodado Cantaclaro se volvió sorprendido para inquirir visiblemente molesto:

—Pero ¿cómo se te ocurre? Estoy casado.

—¡Menuda noticia! Soy el padrino de tu boda y de tu segundo hijo... Pero ¿qué tiene eso que ver con hacerle un favor a una pobre infeliz que te lo está pidiendo a gritos?

—¿Es que no puedes pensar más que en el sexo? —inquirió el dueño de los pantalones de pana, al que se le advertía irritado—. Cuando me casé fue para siempre. Hasta que la muerte nos separe.

—«Hasta que la muerte os separe; hasta que la muerte os separe». ¡Menuda cursilada! Tras dieciocho años de matrimonio una canita al aire te vendría muy bien, digo yo.

Bruno Guinea le apuntó amenazadoramente con el dedo al advertir:

—Tú sigue por ese camino y te va a hacer las guardias tu abuela. Sabes que me molestan este tipo de conversaciones.

—¿O sea que podemos hablar durante horas sobre mi vida sexual, pero ni una sola palabra sobre la tuya? —fingió lamentarse casi cómicamente el Canaima.

—Eres tú quien tiene problemas sexuales, no yo —fue la respuesta—. Estoy casado, tengo tres hijos, adoro a Alicia y ni siquiera se me pasa por la cabeza, la idea de tocar a otra mujer.

—¡La madre que te parió! —masculló el otro dejando escapar una corta carcajada—. No fumas, no bebes, no te drogas, no meas fuera del tiesto, y no piensa más que en cuidar de tu mujer y en trabajar. ¿Me quieres explicar por qué coño somos amigos?

—No creas que no me lo he preguntado un millón de veces —admitió el interpelado con absoluta naturalidad—. Debe ser porque soy el único que te aguanta las depresiones.

Alejandro de León Medina tardó en responder, observó largo rato el fondo de su taza vacía, y al fin admitió en un tono de voz amargo y totalmente distinto al que había empleado hasta esos momentos:

—¡Eso es muy cierto...! A veces pienso que si no fuera por ti hace tiempo que me hubiera pegado un tiro... ¡Mi vida es una mierda!

El Cantaclaro pareció comprender que se había extralimitado, y aproximándose le colocó la mano en el hombro con gesto de profundo afecto:

—¡No digas eso! —suplicó—. Eres un internista extraordinario, y no conozco a nadie que sepa tratar a, los pacien-

tes con tanta delicadeza como tú. Siempre he creído que si Alicia aún vive es gracias a ti, y aunque tan sólo fuera por eso tu vida merece la pena.

—¿Que mi vida merece la pena? —repitió su amigo—. ¡No tienes ni idea de lo que significa tener que salir en mitad de la noche a la caza de un sucio golfillo con el que compartir la cama! ¡Te levantas asqueado!

—Encuentra una pareja fija.

—¿Alguien como Roberto? —inquirió el otro—. ¿Tienes una idea de cuánto me costaba aquel hijo de la gran puta que me mataba a disgustos?

—¡No lo sé, Canaima! —puntualizó Bruno Guinea en un tono entre impaciente y dolorido—. ¡Te juro que no lo sé! Aunque me esfuerzo por entenderte y ayudarte, la mayor parte de las veces no lo consigo, y eso me duele. Te quiero como a un hermano, pero en ocasiones te veo tan lejos como si estuvieras en otra galaxia.

—Y es que realmente se trata de otra galaxia, querido mío... —le hizo notar el aludido—. Una oscura galaxia en la que nunca brillan las estrellas.

Bruscamente abandonó la estancia dejando al mencionado Cantaclaro desazonado y abatido, puesto que en verdad sentía un gran cariño con alguien con el que había compartido todo lo bueno y todo lo malo durante más de dos décadas.

Habían compartido no sólo libros, apuntes, horas de estudio, hambre, pensiones de mala muerte, triunfos y fracasos, sino también las frases de ánimo que les habían permitido salir adelante en los momentos en que más oscuro se presentaba el horizonte.

Eran dos seres absolutamente dispares, no sólo en lo que se refería a sus inclinaciones sexuales, sino incluso en su forma de entender la vida, pero por alguna razón inexplicable se complementaban maravillosamente.

Bruno Guinea aún recordaba con horror la larga noche en que Alejandro le confesó que si nunca había demonstra-

do el menor interés por la gran cantidad de chicas que le había ido presentando, era porque en el fondo sabía que sus inclinaciones iban por otro lado, y que al fin, aquella misma tarde se había decidido a dar el paso que tanto tiempo llevaba temiendo y deseando dar.

Fue como un jarro de agua fría para alguien que ni remotamente había imaginado que algo así pudiera suceder, puesto que la homosexualidad siempre se le había antojado «cosas de otra galaxia».

A los veinticinco años, el fogoso e impulsivo Bruno Guinea, líder estudiantil que se había ganado a pulso el apelativo de Cantaclaro visto que incluso en las más comprometidas situaciones nunca dudaba a la hora de expresar con contundente claridad lo que pensaba, jamás había prestado la más mínima atención a un confuso mundo del que ni siquiera concebía que algún día pudiera llamar a su puerta.

Fue un duro golpe.

Duro por lo inesperado, pero pese a que en un principio se sintiera ofendido y en cierto modo «traicionado» por quien consideraba, no sólo su mejor amigo, sino casi un hermano, pronto comprendió que no tenía derecho a juzgar a alguien que evidentemente llevaba años librando una difícil y silenciosa batalla contra sus hasta entonces insospechadas inclinaciones.

—No me siento ni orgulloso ni feliz por lo que he hecho... —había admitido con absoluta sinceridad Alejandro de León Medina aquella aciaga noche—. Hubiera preferido conocer a una buena chica con la que formar una hermosa familia, pero me consta que hubiera significado engañarme a mí mismo y sobre todo engañarla a ella en un vano intento de que sirviera de «tapadera». —Se mostraba nervioso, pero firme en sus convicciones—. Sinceramente creo que mi obligación es hacer frente a una realidad contra la que resulta absurdo rebelarse, sin involucrar a extraños ni hacer daño a nadie.

—Te juro que es lo último que espera escuchar en este mundo... —no había podido por menos que replicar Bruno Guinea—. Me has dejado helado y temo que si intentara ponerme en pie me temblarían las piernas.

—¡Lo comprendo! —fue la respuesta—. Y del mismo modo comprendo que esta nueva situación afecte a nuestra amistad...

—¿Qué quieres decir con eso...?

—Que aceptaré que nuestra relación cambie a partir de este momento.

—¿Y por qué habría de cambiar, pedazo de gilipollas? —había señalado el Cantaclaro con su sinceridad habitual—. A mí nunca me has interesado de cintura para abajo, y estoy seguro de que continuarás sin interesarme. Quien se va a quedar muy tranquila es Alicia, a la que se le había agotado el cupo de amigas y no sabía ya a quién presentarte.

Por su parte Alicia, más conocida entre ellos por el viejo apodo de Doña Bárbara, se había limitado a comentar que aquello era algo que venía sospechando tiempo atrás.

Consciente del sincero afecto que su marido sentía por el que siempre había sido su entrañable e inseparable compañero de carrera, no había querido hacer comentario alguno al respecto, pese a que con ese sexto sentido que tienen las mujeres en todo cuanto se refiere al sexo, imaginaba que pronto o tarde Alejandro de León Medina acabaría por mostrar su verdadero rostro.

Al evocar una vez más aquella amarga noche Bruno Guinea lanzó un profundo suspiro de resignación, levantó el auricular del teléfono, marcó un número, aguardó, y cuando le contestaron al otro lado, inquirió:

—¿Cómo estás? ¿Te has tomado las pastillas? ¡Sí, claro! Ya sé que por la cuenta que te trae nunca te olvidas. ¿Y los chicos...? ¡No, nada...! Os echo de menos y me apetecía hablar contigo. ¡No, de verdad que no me pasa nada! —insistió convencido—. Es que el Canaima ha estado aquí y ya

sabes cómo me entristece saberle tan amargado... Lo mismo de siempre. Creo que no se quita a Roberto de la cabeza y eso le está matando... ¿Y cómo lo evito? —quiso saber—. ¡No, cariño...! Ahora no puedo dejar el trabajo. Disfruta de la playa pero no tomes demasiado el sol y no hagas esfuerzos... ¡Un beso!

Colgó, se aproximó a los microscopios, observó, tomó notas por enésima vez, y por último acudió a rebuscar entre la montaña de legajos hasta encontrar el que le interesaba para aproximarse a la ventana y comenzar a estudiar el manoseado documento con profunda atención.